

Ritual en la oscuridad
Colin Wilson

Epílogo y traducción
de Javier Calvo

Miradas 

Título de la edición original: *Ritual in the Dark*

Primera edición en Libros del Silencio: octubre de 2011

© Colin Wilson, 1960

© del epílogo y la traducción, Javier Calvo, 2011

© de la presente edición, Editorial Libros del Silencio, S. L. [2011]

Provença, 225, entresuelo 3.^a

08008 Barcelona

+34 93 487 96 37

+34 93 487 92 07

www.librosdelsilencio.com

Diseño de la colección: Nora Grosse, Enric Jardí

Maquetación: David Anglès

ISBN: : 978-84-939433-0-1

Depósito legal: B-33.042-2011

Impreso por Romanyà Valls

Impreso en España - Printed in Spain

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Para Bill Hopkins

1

Salió del metro en Hyde Park Corner con la cabeza gacha, haciendo caso omiso de la gente que se aglomeraba contra él y dejando que fueran ellos los que se apartaran de su camino. No le gustaban las multitudes. Le ofendían. Si se permitía a sí mismo fijarse en ellas se sorprendía pensando: Hay demasiada gente en esta ciudad de las narices; necesitamos una masacre que reduzca la población. Cuando se daba cuenta de que estaba pensando así, se ponía enfermo. No es que quisiera matar a nadie, pero su odio hacia la multitud era incontrolable. Por la misma razón, evitaba mirar los anuncios que flanqueaban las escaleras mecánicas del metro de Londres; cualquier vistazo casual podía desencadenar multitud de aversiones. Las formas semidesnudas que anunciaban corsés femeninos y medias le provocaban una quemazón en la garganta, un horror instantáneo, como una cerilla al caer sobre un trapo empapado de gasolina.

Una llovizna fina y pardusca caía sin interrupción; los coches que pasaban salpicaban agua fangosa. Se abotonó el impermeable, se subió el cuello de la prenda y procedió a abrir el paraguas de mujer que llevaba colgado de la muñeca con una correa. La multitud disminuyó al cruzar Grosvenor Crescent; él aminoró la marcha, disfrutando del ruido de la lluvia sobre el paraguas.

Cuando llegó a las cancelas de hierro forjado y bañado en oro, se detuvo y buscó a tientas su dinero. La entrada del edificio estaba oculta tras una carpa a rayas coronada por una cúpula de bulbo estilo ruso; a ambos lados de ella había sendas estatuas de negros enormes, apoyadas en el arco de mármol que daba entrada a la tienda. Bajó el paraguas y lo sacudió para quitarle las gotas de lluvia. Más allá de los negros, las paredes del edificio se veían negras y lúgubres.

El vestíbulo olía a ropa húmeda. Frente a las taquillas había una cola de media docena de personas. Las paredes interiores de la carpa estaban cubiertas de papel a rayas rojas y doradas.

Se produjo una demora en la taquilla. Un hombre de mediana edad estaba protestando con acento extranjero:

—En cualquier caso, soy alumno de la London School of Economics. Lo que pasa es que me he olvidado de traer el carnet. Tengo el carnet de la sala de lectura del Museo Británico, si eso le sirve...

Sorme se sacó un libro del bolsillo lateral de la chaqueta y se puso a leer. La cola volvió a avanzar.

Se dio cuenta de que el hombre que tenía delante estaba mirando su libro, intentando leer el título en el encabezamiento de la página. Levantó la vista y se encontró con unos ojos estrechos y castaños que se apartaron de inmediato, avergonzados. Tuvo oportunidad de fijarse en la cara flaca y de mandíbula alargada del hombre y por alguna razón le resultó extrañamente familiar. Era una cara fea pero agradable, cubierta de pequeñas muescas que podrían ser marcas de viruela. Un momento más tarde, el hombre se puso a comprar su entrada y Sorme tuvo ocasión de observarlo mejor. El examen no produjo ningún reconocimiento. Era más alto que Sorme, y eso que Sorme pasaba del metro ochenta. Su traje gris oscuro tenía un buen corte. La cara flaca tenía los pómulos altos y unos ojos levemente rasgados. A Sorme

le resultaba tan familiar aquella cara que se la quedó mirando un momento demasiado largo, y de pronto se sorprendió a sí mismo contemplando de nuevo sus ojos castaños y rasgados. Los ojos le sonrieron brevemente mientras el hombre apartaba la vista, y de pronto a Sorme no le cupo duda de que era la primera vez que lo veía. La taquillera le estaba preguntando:

—¿Estudiante?

—Sí.

—Un chelín y medio. ¿Quiere el catálogo?

La escalera que salía de la carpa trazaba una curva que rodeaba las paredes de lona y dejaba al descubierto los andamios herrumbrosos que la sostenían. Subió a toda prisa, disgustado por los recuerdos desagradables que le traían los andamios. La escalera llevaba a una puerta que había sido construida sobre una ventana del primer piso y que constituía la entrada a la exposición. La primera sala disipó de inmediato su malestar. Había sido diseñada para parecer una calle de París, con barandillas de hierro y vistas del Sena entre las casas. Bajo las ramas colgantes de un árbol había un póster enorme con la inscripción THÉÂTRE DES CHAMPS ELYSÉES. BALLETS RUSSES. El enorme dibujo de Nijinski como el Espectro de la Rosa llevaba la firma de Cocteau.

Hacía calor en el lugar; en la sala no había nadie más y él se quitó de encima aquella sensación de tensión que le habían provocado la lluvia y la multitud. Se oía música procedente de un altavoz en otra sala. Se volvió a guardar el libro en la chaqueta, hundió las manos en los bolsillos del impermeable y se rindió por completo a la sensación de nostalgia que evocaba la sala. Se pasó un largo rato así, sin moverse, hasta que oyó pasos y voces en la escalera; entonces pasó a toda prisa junto al póster de Pávlova que había delante del de Nijinski y cogió la angosta escalera de madera que llevaba a la segunda planta.

Allí la música sonaba más fuerte. Reconoció la danza final de

El pájaro de fuego, la llamada suave y larguísima de los instrumentos de viento. Aquello le mandó una cálida descarga de placer por los músculos de la espalda y de los hombros y le erizó la superficie del cuero cabelludo. Ya había gente subiendo por la escalera. Se apresuró a entrar en la sala bien iluminada. En ella solamente había otra persona: el hombre que había estado delante de él en la cola. Las voces y los pasos que venían de la escalera lo empujaron a la sala siguiente. En su interior nació un odio violento a la gente habladora que transmitía sus emociones en forma de sonidos. Una voz culta que arrastraba las palabras estaba diciendo:

—... Y casi le pudimos hacer una foto. Estaba allí, en la playa, poniéndose el bañador. Lettie cogió la cámara, pero le faltó rapidez... Y él se lo puso. Habría valido dinero, una foto de Picasso en pelotas...

La música se había detenido. La voz titubeó, cohibida por el silencio. De pronto la música volvió a empezar, un clamor violento y discordante que estalló en la sala diminuta y ahogó el resto de ruidos. Sorme reconoció la *Suite escita* y sonrió. El estruendo hacía temblar la vitrina que había en el centro de la sala; aquello lo aislaba con tanta eficacia como el silencio. Examinó con satisfacción un diseño de Benois.

No había mucha gente en el resto de salas. Avanzó pausadamente por ellas y regresó a la primera cuando la gente que tenía detrás —un oficial del ejército con dos chicas— lo alcanzó.

Una hora más tarde, los altavoces estaban emitiendo *El sombrero de tres picos* y él se encontraba otra vez en la primera planta, en la galería de retratos. El calor le estaba dando sueño. En el aire flotaba una fragancia curiosa que él sospechó a medias que tenía cierta naturaleza anestésica. Mientras se detenía delante de un retrato de Stravinski, se fijó en un busto que había al lado. Estaba

colocado sobre un bloque de mármol, justo debajo de una pintura al óleo que representaba a una bailarina con vestido blanco. La inscripción de debajo decía: *NIJINSKI, POR UNA TROUBRIDGE*. Y entonces se acordó de a quién le recordaba el desconocido: a Nijinski.

En algún lugar, hacía mucho tiempo, había visto una fotografía de Nijinski que captaba la misma expresión, y esa cara flaca y parecida a la de un fauno se le había quedado grabada en la mente. Ahora que la miraba, el parecido ya no le resultaba tan obvio. Echó un vistazo automático a su alrededor para ver si el hombre andaba cerca. No era así. Se preguntó ociosamente si tal vez sería pariente de Nijinski, quizás su hijo. No recordaba que tuviera ningún hijo, solamente una hija. En todo caso, en realidad el busto no se le parecía. Ni tampoco se parecía a Nijinski; la artista lo había idealizado.

Encontró al hombre en la sala de Chirico, en lo alto de la escalera; estaba de pie, apoyado en el paraguas y examinando uno de los diseños. Sorme cruzó la sala y se plantó cerca de él, allí donde pudiera examinarlo con el rabillo del ojo. El parecido ciertamente existía; no había sido imaginación suya. Si giraba un poco más la cabeza, como si estuviera observando el diseño que tenía a la izquierda, podía examinar el perfil del hombre.

Sin mirarlo, el desconocido dijo de repente:

—Tendría que haber hecho más diseños para ballets.

Por un momento, Sorme supuso que el hombre se estaba dirigiendo a alguien que tenía a su izquierda, pero a continuación se dio cuenta, igual de deprisa, de que estaban los dos solos en la sala. El hombre no había apartado la vista del diseño que estaba mirando.

—¿Cómo dice? —preguntó Sorme.

—Chirico. Nunca hizo nada mejor que estos diseños para *Le Bal*. ¿No está usted de acuerdo?

—No lo sé —dijo Sorme—. No conozco su obra.

El desconocido lo miró y sonrió, y Sorme se dio cuenta de que debía de haber estado observándolo en el reflejo de la cubierta de cristal del diseño desde que había entrado. Empezó a sentirse ligeramente irritado y avergonzado. Algo en la voz del hombre le hizo comprender de inmediato que era homosexual. Era una voz fría que arrastraba ligeramente las palabras.

—¿Sabe? —dijo el hombre—. Cuando ha entrado, habría jurado que lo conocía de algo. ¿Nos conocemos?

—Me temo que no.

La mirada del hombre se posó sobre él con un aire distante; tenía cierto aspecto de dandi de la Regencia examinando un caballo. Sorme pensó: Carajo, cree que yo también soy marica.

—Pensaba que me conocía —dijo el hombre—. Me miraba como si me conociera.

En su voz apareció repentinamente un matiz de disculpa. La irritación de Sorme desapareció. Carraspeó y bajó la vista.

—De hecho, *pensé* que lo conocía de algo. Pero me temo que no es posible.

—Tal vez sí. Yo me llamo Austin Nunne. Y también he tenido la impresión bastante cierta de conocerlo.

—¿Austin Nunne?... ¿No ha escrito usted un libro sobre ballet?

—Sí. Y también un librito sobre Nijinski.

Sorme se sintió excitado y complacido al volverle el recuerdo a la mente: la fotografía de Nijinski.

—Claro que lo recuerdo. Los he leído los dos. ¡De manera que es por eso por lo que me parecía que lo conocía!

—Me sorprende usted. La fotografía que me pusieron en la solapa es muy mala.

—No, no la he visto. Pero la fotografía del busto de Nijinski..., ¿no venía en su libro?

—¿El de Una Troubridge? Oh, no. Karsávina lo encontró en una tienda de trastos viejos de Saint Martin's Lane. Yo ni siquiera sabía que existía. Pero creo que sé a qué se refiere. ¿La foto de Nijinski en *L'Après-midi*? ¿La de su cabeza y hombros?

Sorme se sintió repentinamente irritado y deprimido. Tenía la sensación de que su entusiasmo lo había colocado en la posición de un admirador, de un «fan». De pronto Nunne se dio la vuelta y dijo en tono aburrido:

—En cualquier caso, ninguno de los dos retratos es muy típico de Nijinski. Para serle sincero, la foto de *L'Après-midi* la usé solamente porque mis amigos me decían que se parecía a mí.

Sorme se miró el reloj de pulsera y dijo:

—Bueno, confío en que no le haya molestado que se lo preguntara.

—Para nada. ¿Tiene usted prisa? ¿Lo ha visto ya todo?

—No. Pero llevo una hora y media aquí dentro. Me parece que ya no aguanto más.

—Tiene usted razón, sin duda. Yo ya he visitado la exposición cuatro veces. La vi cuando la estrenaron en Edimburgo.

—Me tengo que ir —dijo Sorme en tono avergonzado.

—Escuche, ¿por qué no se viene conmigo y tomamos una copa? Ya debe de ser la hora de abrir los bares.

Sorme vaciló y al mismo tiempo se sintió furioso consigo mismo por vacilar. Le interesaban las sensaciones de atracción y de repulsión que Nunne despertaba en él. No sentía una aversión especial por los homosexuales, pero era consciente de que podía traer complicaciones que uno de ellos se encaprichara de ti.

—No conozco ningún pub por aquí cerca.

—Yo sí. Muchos. Venga y tómese una copa rápida. Siempre me gusta conocer a gente interesada por el ballet. ¿Cómo se desplaza usted? ¿En metro?

—Sí.

—Pues entonces, decidido. A esta hora el metro está imposible. Le conviene mucho más quedarse un rato.

Sorme lo siguió escaleras abajo.

—No me ha dicho usted cómo se llama —le dijo Nunne por encima del hombro.

—Gerard Sorme.

—¿Sorme? Es un apellido raro. ¿Qué es, francés?

—No lo sé. Mi familia viene de Yorkshire. Mi padre cree que es una variante local de Soames. —Estaban pasando por la galería de retratos—. ¿Se ha fijado en ese olor?

—Sí. ¿Sabe usted qué es?

—No.

—Se llama Mitsuko. Era el perfume favorito de Diáguilev. Oriental. Lo va a notar usted mucho más fuerte aquí dentro.

Ahora cruzaban una sala iluminada con bombillas azules que había sido diseñada para tener el aspecto de un teatro encantado. El olor allí dentro era abrumador. Parecía emanar de los antiguos vestidos de ballet que colgaban en el aire azul, en medio de un decorado de bastidores teatrales. El aroma los siguió por un pasillo corto, a través de una sala con caricaturas en las paredes y hasta una amplia escalinata en la que había un retablo que representaba la leyenda de la Bella Durmiente. La música los recibió con intensidad cuando llegaron a la escalera. Nunne caminaba con desenvoltura, balanceando su paraguas. Su manera de bajar los escalones tenía un vago aire teatral.

—¿Qué le hizo leer mis libros? ¿Le interesa el ballet? —le preguntó.

—Antes sí. Ahora ya no.

—¿Dónde estudia usted?

—¿Qué le hace pensar que soy estudiante?

—Lleva usted una entrada de estudiante asomando del bolsillo de la pechera. Y en todo caso, parece estudiante.

Volvían a estar fuera, de pie junto a las enormes estatuas de los negros, y la llovizna seguía sin parar.

—No soy estudiante —dijo Sorme—, pero por alguna razón todo el mundo lo da por sentado. Supongo que es por mi pinta desaliñada.

Se estaba preguntando cómo podía indicarle a Nunne, cuanto antes y con todo el tacto posible, que no era homosexual. Hizo el gesto de levantar el paraguas, pero Nunne se lo impidió.

—No se moleste. Ese de ahí es mi coche. Vamos corriendo.

Era un modelo deportivo rojo y alargado, con capota de lona. Nunne abrió con brusquedad la puerta, que no estaba cerrada con llave, y Sorme se deslizó del asiento del conductor al del copiloto. El coche dio una media vuelta perfectamente ejecutada y avanzó suavemente hasta Wellington Place. Nunne gruñó:

—Supongo que para llegar a Piccadilly Circus habrá un atasco de narices.

Sorme se quedó mirando el movimiento de los limpiaparabrisas y luego la luz roja del semáforo, que acababa de estallar en forma de gotas rojas en la parte del parabrisas que quedaba sin barrer.

Nunne empezó a canturrear suavemente para sí mismo:

—*Cats on the rooftops, cats on the tiles...*

El coche giró por Dover Street. Nunne dijo en voz baja:

—Es nuestro día de suerte. Venga, sal de ahí, muchacho.

El coche que tenían justo delante estaba bajando de la acera; Nunne se metió lentamente en el espacio vacío que acababa de dejar y puso el freno.

—Tres hurras. Hemos llegado. Abra la portezuela.

Sorme salió a la acera y levantó de inmediato el paraguas. Nunne cerró de un portazo y dijo con una risita:

—Por el amor de Dios, baje eso. Los polis de por aquí van a creer que anda usted buscando clientes.

—¿Buscando clientes?

—Pensarán que está usted intentando venderles sexo a los maricas de la zona.

—Yo no soy marica —dijo Sorme, toscamente. Y bajó el paraguas.

—No sea tonto —dijo Nunne, riendo—. No lo he dicho en serio. En ningún momento he pensado que lo fuera.

Cruzaron la calle, esquivando un taxi. Volvieron a girar para entrar en Piccadilly. Nunne lo llevó hasta un umbral iluminado.

—Es aquí. Después de usted.

El aire era agradablemente cálido. Un hombre con uniforme rojo ayudó a Sorme a quitarse el impermeable, y a continuación se lo entregó junto con el paraguas al ayudante de guardarropía. El hombre saludó con la cabeza a Nunne, como si lo conociera bien.

—Buenas tardes, señor.

—Buenas tardes, George.

Solamente había otros dos hombres en el bar. Nunne le indicó a Sorme un asiento en el rincón; era hondo y muy cómodo.

—¿Qué toma usted?

—¿Cerveza?

—No tienen de barril. Puede tomar una lager.

—Está bien —dijo Sorme, incómodo.

Estaba intentando recordar cuánto dinero llevaba encima y cuánto tiempo le tenía que durar. Cruzó las rodillas y sintió los pantalones húmedos. Bajó la vista para mirarse los dobladillos deshilachados y las tiras de cuero que llevaba cosidas a los puños de la chaqueta. La pobreza de su aspecto no lo avergonzaba, pero nunca se había librado del todo de la sensación de desventaja que le producía. Se preguntó si lo habrían dejado entrar en aquel local de haber llegado solo y decidió que probablemente no.

Nunne le puso delante el vaso de lager. Se sentó frente a Sorme en una butaca con el respaldo de estera y se sirvió todo el

contenido de un botellín de ginger ale dentro de un whisky doble. Dio un trago largo, dejó la copa en la mesa y suspiró.

—Ah, esto me acabará matando, igual que a mi pobre padre.
¿Un cigarrillo, Gerard?

—No, gracias, no fumo.

—No te importa que te llame Gerard, ¿verdad?

—Por supuesto que no.

—Bien. Puedes llamarme Austin.

Sorme probó la cerveza. Estaba casi helada.

—Y dime, Gerard: si no eres estudiante, ¿a qué te dedicas?

—No hago gran cosa. Estoy escribiendo un libro.

—¿Pero de qué vives? ¿Del periodismo?

—No, recibo unos pequeños ingresos familiares desde que cumplí los veintiuno...

—¿Y eso fue...?

—Hace cinco años. Voy tirando como puedo. Así que vengo a ser eso que se llama un rico ocioso. Lo que pasa es que no soy rico.

—¿Y ocioso?

—Bastante.

—Pues yo igual. Me ha parecido reconocer a un espíritu afín en cuanto te he visto. ¿Y qué estabas leyendo, a todo esto?

Sorme se sacó del bolsillo el libro, una ajada edición de bolsillo.

—Sexo para principiantes, de Frank Harris —dijo riendo.

—*Mi vida y amores*. Nunca he leído a Frank Harris, ¿es bueno?

—Es bastante asombroso.

—¿Cómo? ¿En qué sentido?

—No deja de sorprenderme que esté todo el tiempo yéndose a la cama con alguien. Me pregunto si esa clase de hombre existe en realidad.

—¿Por qué no?

—Me refiero a hombres con ese apetito tan promiscuo. Me deja pasmado. ¿Recuerdas que Nijinski durmió varias noches con su mujer antes de hacerle el amor? Eso es lo natural. Así es como deberían ser las cosas.

—¿Te interesa Nijinski?

—Sí.

—¿Por qué? Nunca lo viste bailar.

Sorme se quedó mirando su vaso, intentando encontrar las palabras que expresaran con precisión lo que quería decir. Era imposible; no conocía lo bastante bien a Nunne.

—Es difícil de explicar —dijo.

—Espera. Pidamos otra ronda primero.

—Para mí no. No me entra más cerveza.

—Pues tómate un whisky.

—Bueno, pero déjame...

—No, no, no. Tú quédate ahí sentado.

Le hizo una señal al camarero.

—Dos escoceses grandes y dos ginger ales —le dijo, levantando la voz—. Sigue, Gerard. Con lo de Nijinski.

—¿Por qué estás tan ansioso por hacerme hablar? —preguntó riendo Sorme—. ¿Qué puedo saber yo que te interese?

—Pues muchas cosas, imagino. De hecho, ya sé algunas cosas interesantes de ti.

—¿Por ejemplo?

—Pues que tienes veintiséis años, cuentas con unos pequeños ingresos familiares y no te gusta trabajar. Eso ya es interesante en sí mismo. El exceso de ocio desmoraliza a la mayoría de gente. Se les nota en la cara. Tú, en cambio, tienes una cara interesante. No es una cara indulgente consigo misma. Me he preguntado inmediatamente: ¿Qué hace este en su tiempo libre? No tienes suficiente dinero como para desperdiciarlo pilotando avio-

netas o viajando por el extranjero, como yo. ¿Qué *haces* entonces con tu tiempo libre?

—Pues no gran cosa —dijo Sorme—. Intento no hacer nada.

El camarero les dejó las copas en la mesa. Nunne echó un billete de una libra en la bandeja.

—*Prosit!* —dijo Nunne, levantando su copa.

—Salud —dijo Sorme.

El camarero le dio el cambio a Nunne y este le dejó una moneda en la bandeja. Sorme bebió un trago largo de whisky. Se le llenaron los ojos de lágrimas. Se sacó el pañuelo y se sonó la nariz con fuerza, pero cuando se fijó en el color del pañuelo se lo volvió a meter a toda prisa en el bolsillo. Nunne levantó la vista del libro que tenía en la mesa y se lo pasó a Sorme.

—No imaginaba que te interesaran estas cosas.

Sorme se encogió de hombros y vació la botella de ginger ale dentro del escocés. Así la cosa mejoraba considerablemente.

—Yo leo mucho.

La evasiva hizo sonreír a Nunne. Dio un sorbo pensativo a su copa, mirando por encima del hombro de Sorme.

—¿De qué trata el libro que estás escribiendo? —preguntó en tono meditabundo.

—Te doy una oportunidad para que lo puedas adivinar —dijo Sorme.

—¿De Nijinski?

—Eso mismo.

—¿En serio? ¿Y trata de algunas de las mismas cosas que mi libro?

—Pues no. El mío es una novela.

Se bebió la mitad del whisky con ginger ale y se dio cuenta de que se notaba relajado y satisfecho. Ya no le preocupaba la naturaleza del interés que pudiera sentir Nunne por él. De hecho, le estaba empezando a caer bien.

—Pues háblame de tu novela —dijo Nunne.

—No puedo. En realidad no trata de Nijinski. Trata de la mentalidad de Nijinski.

—¿Y qué sabes tú de eso?

—Él creía en sí mismo. A diferencia de la mayoría.

Acababan de entrar media docena de personas en el bar, gente de negocios. Un joven acompañado de una mujer con abrigo de piel.

Sorme sintió que le salían las palabras a raudales, solamente contenidas por el deseo de no aburrir a Nunne. Se inclinó hacia delante y dijo:

—Cuando pienso en Nijinski y luego miro a esa gente, siento una especie de incredulidad. Ya sabes lo que dice en el *Diario*: que la vida es difícil porque nadie conoce su importancia. Yo me lo imagino caminando por las calles de noche como si fuera una olla a presión, a punto de estallar...

Se detuvo; la cara de Nunne le estaba prestando una atención total, escuchando con una gravedad que le resultó halagadora.

—Fíjate, yo lo veo así. Supongamos que al final de tu vida tuvieras una visión de todo, de todo lo que hay en el universo, todo al mismo tiempo. Una especie de visión de Dios. Eso lo justificaría todo. Si pudieras tener una visión así, cambiaría el mundo. Vivirías como un demonio, como un hombre poseído. Porque sabrías que esto significa algo, que no carece de sentido. Mira. Ninguna de esas personas vive una vida completa. Solo viven unos pocos días que cuenten. Es como no comerse nunca una comida entera y limitarse a dar algún bocado de vez en cuando, cada tantas horas. O como no oír una sinfonía de una sola sentada, sino nada más que dos o tres notas cada vez, diseminadas a lo largo de varios meses. Así es como vivimos. Pues bueno, hay gente que no vive así.

Nunne lo interrumpió suavemente:

—¿Cómo estás tan seguro de que Nijinski no vivía así?

—No vivía así —dijo Sorme.

Nunne le ofreció la pitillera abierta. Sorme negó con la cabeza y dijo:

—Gracias, no.

Nunne encendió un cigarrillo, mirándolo por encima del encendedor. Exhaló una bocanada de humo y dijo en tono satisfecho:

—De verdad que eres una persona extraña, Gerard.

Sorme se terminó el whisky, mirando fijamente a Nunne. Le hizo otra señal al camarero e hizo un gesto en dirección a los dos vasos.

—No es extrañeza —repuso en tono deliberado—. Estoy convencido de que la vida se puede vivir con una intensidad veinte veces mayor que hoy en día... de alguna manera. Me paso la vida buscando esa manera. Envidio a los locos. Por alguna razón, sin embargo, jamás me acerco a la manera. Pero me aferro a los símbolos. Y Nijinski es uno de mis símbolos.

El camarero les dejó otros dos whiskys largos.

—Estos los pago yo —dijo Sorme.

—No. No. Por favor.

Mientras el camarero se alejaba, Sorme preguntó:

—¿Por qué tienes que pagarme las copas?

—Porque mi padre es asquerosamente rico.

—Oh.

—¡Pareces horrorizado!

—No. Dime, ¿y qué haces tú con tu tiempo?

—Ah, acabas de tocar un tema delicado. Pues mira, he desarrollado cincuenta maneras distintas de malgastarlo. Escribo libros... no muy buenos. Asisto a todos los conciertos y óperas y ballets. Vuelo a Viena y Milán y Berlín para ir a conciertos. Si fuera

un poco más indigno, me bebería dos botellas de Pernod al día y estaría muerto en un año. Pero lo que hago es coger aviones y disfrutar de los coches veloces.

—No estarás casado, supongo.

—No, nunca he conocido a nadie con quien quiera quedarme. Por alguna razón, prefiero a las hijas de puta. Supongo que no lo entenderás...

—Pues la verdad es que no. No me gustan las hijas de puta, ni los hijos de puta.

—Está claro que te falta inclinación masoquista.

—Odio todas las clases de dolor: tanto para mí como para los demás.

—Ah, estás hablando como un moralista, Gerard. No hay que ser moralista.

—No me entiendes. No es una cuestión moral. Es lo que he dicho antes: hay que trabajar con el supuesto de que puede llegarte una visión del sentido total de la vida. Y de ser posible, todo el mundo debería vivir como si esa fuera la meta.

—Ah, *sí* que eres un moralista, Gerard. Tendrías que conocer a mi tía. Te caería bien.

—¿Por qué?

—Porque ella también es una moralista. No tiene buen concepto de mí. Es testigo de Jehová. Cree que el Juicio Final está al caer. Eso es lo que tú quieres, ¿verdad? Que la gente crea en el Juicio Final.

—Tienes razón, coño. Es justo lo que quiero.

—¿Te digo qué quiero yo?

—¿Qué?

—Algo de comer. ¿Nos vamos a comer algo?

—¿Adónde?

—Adonde sea. A Leoni's o a Victor's o adonde sea.

—Me tengo que ir.

—Oh, no. No será el dinero lo que te preocupa, ¿verdad? Llevo montones de dinero encima. Mira.

Nunne sacó la cartera y la agitó vagamente delante de las narices de Sorme. Sorme vislumbró un fajo de billetes. Se dio cuenta de que Nunne se estaba emborrachando: también sospechó que él mismo se estaba comportando como si estuviera más borracho de lo que estaba en realidad.

—Pues no. Preferiría irme.

—Pero te tienes que quedar. No quiero que te vayas todavía. No querrás marcharte ya, ¿verdad?

—No, pero...

—Pues eso, no podemos seguir bebiendo con el estómago vacío. Ya me estoy poniendo asquerosamente borracho. No he almorzado. Así que será mejor que salgamos a cenar. Vamos, muchacho.

Mientras el hombre uniformado ayudaba a Sorme a ponerse el impermeable, Nunne dijo:

—Cuéntame tu secreto, Gerard. ¿Por qué demonios llevas un paraguas de mujer?

Sorme cogió el paraguas que le devolvía el hombre y le dio un chelín.

—No es mío. Es de la hija de mi casera. Ha insistido en prestármelo cuando he salido.

Volvieron a salir bajo la lluvia. A Sorme le hizo sentirse fortalecido y contento. Era la primera vez en varios años que se emborrachaba, y la sensación le estaba encantando. Nunne lo agarró del codo, le dio un apretón y preguntó:

—¿Es que le gustas a esa chica?

—Sospecho que sí. O por lo menos, su madre lo sospecha. Y también sospecha que yo me estoy aprovechando, o que estoy a punto de aprovecharme. La semana pasada ya me dio el preaviso para que me marchara.

—¿En serio? ¿Y qué piensas hacer?

Nunne dio marcha atrás un poco y salió con pericia del aparcamiento.

—Mañana por la mañana me mudo a otro sitio.

—¿Adónde?

—A Kentish Town. Ahora mismo estoy viviendo en Colindale.

—Dios mío, eso está yendo para Bedford, ¿no?

—No tan lejos. Está cerca de la hemeroteca, lo cual me resulta bastante útil. Pero la casa nueva me queda más cerca del Museo Británico.

—¿Y la hija también se muda contigo?

—Ni por asomo. Es muy maja, pero no me quiero ir a la cama con ella.

—Qué virtuoso eres. Aparta de en medio, idiota de mierda.

Esto se lo acababa de decir a un taxista que estaba dando media vuelta en mitad de Brewer Street. Nunne hizo sonar la bocina dos veces. Tenía un sonido metálico parecido a un rebuzno. Cuando pasó por su lado, el taxista les gritó:

—¿Qué pasa, que no te pué's esperá', joder?

—Puerco —dijo Nunne en tono sereno—. Si viviéramos en la Edad Media lo haría ahorcar y descuartizar por esto.

Arrancó de golpe y a punto estuvo de llevarse por delante a un peatón que salía por entre dos coches.

—¡Idiota! —le gritó Nunne.

—Tendrías que conducir un carro de guerra. Es más tu estilo.

Nunne repuso en tono indignado:

—Todos los conductores tendrían que ser más peligrosos. Eso reduciría el número de peatones descuidados. Al final solamente quedarían los que van con cuidado.

—¿Y cuando tú fueras peatón, qué?

—Iría armado. Todos los peatones tendrían que llevar metra-

lletas para disparar a los conductores peligrosos. Eso haría que Londres fuera *mucho* más interesante.

El coche bajó despacio por Dean Street. Nunne se quejó:

—No hay ni un puñetero sitio para aparcar en todo el Soho... ¡Ah! Esta noche estamos de suerte.

Un Anglia estaba saliendo de una hilera de coches aparcados. Nunne pasó lentamente junto al sitio vacío y luego se metió en él dando marcha atrás. Apagó el motor.

—Tienes muy buen carácter, Gerard. Es obvio que no odias a la gente tanto como yo.

Sorme sonrió y respondió:

—Es obvio que tú no me conoces tan bien como yo.

ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EN LOS TALLERES DE ROMANYÀ VALLS
EN EL MES DE OCTUBRE DE 2011



*El hombre quiere saber por qué él no es un dios
y cómo podría convertirse en uno.*

COLIN WILSON

www.librosdelsilencio.com